

SKIP PRICHARD

EL
LIBRO
DE LOS
ERRORES

UN PODEROSO SECRETO
SE ESCONDE EN CADA UNA DE SUS PÁGINAS

Diseño de portada: Genoveva Saavedra
Fotografía de portada: © Shutterstock / Blue Planet Studio

Título original: *The Book of Mistakes*

© 2018, Skip Prichard

Esta edición se publicó por acuerdo con Center Street, Nueva York,
Nueva York, EE. UU.

Traducido por: Estela Peña Molatore

Derechos reservados

© 2018, Editorial Planeta Mexicana, S.A. de C.V.

Bajo el sello editorial PLANETA M.R.

Avenida Presidente Masarik núm. 111, Piso 2

Colonia Polanco V Sección

Delegación Miguel Hidalgo

C.P. 11560, Ciudad de México

www.planetadelibros.com.mx

Primera edición en formato epub: noviembre de 2018

ISBN: 978-607-07-5373-2

Primera edición impresa en México: noviembre de 2018

ISBN: 978-607-07-5369-5

El editor no es responsable de los sitios web (o su contenido) que no sean propiedad del editor.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.

La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Arts. 229 y siguientes de la Ley Federal de Derechos de Autor y Arts. 424 y siguientes del Código Penal).

Si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra dirijase al CeMPro (Centro Mexicano de Protección y Fomento de los Derechos de Autor, <http://www.cempro.org.mx>).

Impreso en los talleres de Litográfica Ingramex, S.A. de C.V.
Centeno núm. 162, colonia Granjas Esmeralda, Ciudad de México
Impreso y hecho en México – *Printed and made in Mexico*

ÍNDICE

<i>Prefacio</i>	9
<i>Prólogo</i>	13
David	17
El principio	25
Aria	35
Error uno	43
Error dos	53
[Muchas cosas habían pasado...]	65
Error tres	71
Error cuatro	81
La primera ley	91
Error cinco	99
Error seis	111
La segunda ley	121
Error siete	129
Error ocho	139
[Al llegar a la casa de Robert y Mae...]	149
Error nueve	155
La tercera ley	169
<i>Epílogo</i>	173
<i>Agradecimientos</i>	181

PREFACIO

Definitivamente, mi infancia no fue normal. Supongo que es lo que la mayoría de nosotros piensa, aunque nos damos cuenta hasta que hemos crecido. En mi caso, me percaté de ello cuando era muy joven, siendo uno de seis hijos: cuatro niñas y dos niños. Mis padres querían hacer del mundo un mejor lugar y estuvieron a punto de ir a un país del tercer mundo para trabajar como misioneros. Pero en vez de mudarse a una misión, decidieron mudar la misión hasta ellos. Nuestra casa sería un lugar abierto para cualquiera que lo necesitara.

La forma en que estas personas necesitadas nos encontraban sigue siendo un misterio para mí, pero llegaban. Todo tipo de personas cruzaron nuestra puerta, convirtiendo nuestro hogar en una versión en miniatura de las Naciones Unidas. Eran bienvenidos sin importar su raza o su pasado. Algunos se quedaban unas cuantas noches (necesitaban comida y un lugar donde dormir), luego continuaban el viaje de sus vidas. Otros se quedaban años, volviéndose como miembros de la familia, con todos los derechos y responsabilidades que se pueden esperar.

Mirando hacia atrás, el único rasgo común que tenían estas personas era que estaban en algún tipo de problema: drogas, abuso, desempleo, discapacidad física o problema mental. Lo que se te ocurra: la lista de problemas seguía y seguía. La terapia

podía no ser profesional, pero era suficiente. Una charla con mi mamá era un bálsamo para el alma. Viéndolo tanto como observador y como participante de este experimento, aprendí mucho sobre la gente y los puntos de vista.

El acertijo

Durante estos años, comencé a estudiar lo que pensé era como un acertijo, un rompecabezas, una cuestión con implicaciones que iban de la filosofía a la psicología. ¿Por qué dos personas con retos similares terminaban con resultados tan dramáticamente diferentes? ¿Por qué una de ellas emprendía una educación y un trabajo estable y otra no era capaz de soltarse de las mortales garras de la adicción?

Recuerdo haber aprendido grandes lecciones de personas inesperadas. Nunca pensarías preguntarle a un desempleado drogadicto sobre el éxito, y no obstante podría ser una oportunidad extraordinaria. Cuando tenía dieciséis o diecisiete años, un hombre sin hogar compartió conmigo sus errores y cómo y por qué había arruinado su vida. Aún recuerdo esa conversación y mi resolución de no cometer los mismos errores que él cometió.

Pide. Busca. Toca.

Conforme pasaban los años, leí todo lo que pude sobre el éxito, el liderazgo y el desarrollo personal. Estudié lo que muchos llaman los «secretos del éxito». Descubrí que están disponibles para todo aquel que los busque. Seguramente habrás escuchado las palabras sabias de la Biblia que dicen: «Pide y se te dará, busca y encontrarás; toca y se te abrirá». Fue el filósofo de negocios Jim Rohn quien me enseñó primero que esta filosofía no estaba disponible para todos, sino sólo para quien pide, para quien

busca y para quien toca. Cada una de las acciones es necesaria. Cuando escuché las enseñanzas de Jim, decidí volverme alguien que pide, alguien que busca y alguien que toca.

En mi búsqueda, me di cuenta de que el verdadero éxito no consiste en posesiones materiales o un salario grandioso, a pesar de que eso generalmente viene como una consecuencia. Y aprendí que todas y cada una de las personas en nuestra vida nos ofrecen sabiduría. Si esperas que el rico, el poderoso, el superexitoso te den una guía escrita, descubrirás que esperas un tren que nunca llegará. Las lecciones están a nuestro alrededor. Las lecciones están en la sabiduría colectiva de aquellos que conocemos, en los libros que leemos, en las experiencias únicas que se nos presentan.

Las lecciones de éxito están disfrazadas. Se revelan sólo para aquellos que tienen una mentalidad inquieta que está continua búsqueda. Las preguntas que más frecuentemente hago son:

- ¿Cuál es tu error más grande?
- ¿Qué harías otra vez en tu vida?
- ¿Qué te hace exitoso?
- ¿Cómo lo hiciste?
- ¿Qué salió mal?

He aprendido que podemos obtener extraordinarias lecciones de las personas ordinarias a nuestro alrededor.

Conforme mi propia carrera ha avanzado, yo mismo me volví un director exitoso bajo muchas definiciones. Continué entrevistando personas, haciendo preguntas y buscando sabiduría. Mi trabajo y mis viajes me exponen a un amplio grupo de personas interesantes. Estoy bendecido y honrado por conocer y conversar con líderes empresariales, periodistas famosos, estrellas de rock, políticos, escritores exitosos, leyendas del deporte mundial y muchas celebridades. Lo que he aprendido es que la mayoría de ellos son exitosos porque han superado dificultades y sus propias

dudas, desarrollando una determinación para tener éxito.

Este libro cuenta la historia de un hombre y una mujer jóvenes en un viaje misterioso para aprender los nueve errores que hacen tropezar a tantos. Al evitar estos nueve errores, la mayoría de nosotros podemos cambiar nuestras vidas para bien. En cualquier punto en el que te encuentres dentro de tu propio viaje de vida, ya sea que estés empezando o hayas avanzado mucho en el camino, estás aquí por un propósito. Y ese propósito es alcanzable, sin importar tu edad o condición.

Para que puedas lograr tus sueños es imperativo convertirte en alguien que pide, alguien que busca y alguien que toca. Allí es donde comienza la magia. Y allí es donde el acertijo del éxito queda resuelto.

Pide. Busca. Toca.

La puerta está delante de ti.

PRÓLOGO

INGLATERRA, 1425

Avanzó por el pasadizo cada vez más estrecho y oscuro. Los pulmones le ardían al comenzar a subir por las escaleras. Sus pasos resonaban en las paredes de piedra, provocando que su ascenso fuera más lento, no quería alertar a nadie de su presencia, que nadie despertara.

Sus sienes palpitaban con el ritmo de su imaginación, conjurando los cantos de las oraciones matutinas, y lo distraían del dolor en sus piernas y hombros. Cambió de brazo el morral de cuero que llevaba y miró la puerta de madera delante de él. Apenas viendo en la penumbra, empujó la puerta. Las bisagras rechinaron bajo la presión.

Una vez dentro, se movió inmediatamente por la nave de la catedral y atravesó el crucero norte. Podía recorrer la abadía con los ojos cerrados. Con delicadeza colocó el morral de cuero a sus pies y palpó buscando la piedra suelta en la pared. Consciente del riesgo que corría, extrajo la piedra de su lugar.

La misión en la que estaba embarcado provenía directamente del Prior y era tan misteriosa como el hombre mismo. No hizo preguntas. Su trabajo era seguir órdenes, cumpliendo sus votos diligentemente. Los últimos años los había pasado

transcribiendo cuidadosamente diez copias de un antiguo libro de sabiduría de las lejanas tierras desérticas del sur, donde montañas de piedra hechas por el hombre alcanzaban el cielo. Nadie más tenía permitido leer sus palabras. Ahora, por razones que desconocía, debía tomar el manuscrito y esconderlo detrás de la pared de piedra. Lo tenía que hacer cada noche hasta que las diez copias, una para cada uno de los nueve Maestros y una para el nuevo Guardián, fueran distribuidas. Cada noche, se daba cuenta de que el espacio horadado estaba vacío. Sabía que el Prior no quería correr el riesgo de tener todos los manuscritos en un mismo lugar a la vez, de modo que seguía con precisión el plan diseñado por él.

Esta era la última noche.

Empujó el manuscrito en lo profundo de la pared y colocó de nuevo la piedra.

Sintió algo. Conocía esas paredes. La presencia de algo siniestro amenazaba la calma. Podía sentirlo, aunque no era capaz de verlo.

El sonido de algo que se rompía resonó detrás de él, proveniente del presbiterio.

Contuvo el aliento. Avanzó con cautela a gatas, dolorosamente, esperando no ser descubierto. Le habían dicho que tal vez alguien intentaría robar el libro, no obstante, lo admitía, no le había dado mucha importancia a la advertencia. Después de todo, nadie lo había molestado durante todo el tiempo que trabajó en cada uno de los manuscritos.

El libro aumentaba las probabilidades de éxito de todos aquellos que aplicaran su sabiduría. Sin caer en las trampas comunes de la humanidad, era posible cumplir a gran velocidad todo tipo de objetivos. Esto funcionaba para todas las personas, y especialmente para un grupo de practicantes comprometidos. Nadie quería que el libro cayera en las manos equivocadas.

Fila tras fila se abrió paso hasta la entrada de la sacristía. Era paciente. En cualquier instante...

Y entonces llegó el momento. Sus hermanos pronto estarían llegando para el *Nocturnus*, el primer servicio del nuevo día a las tres de la madrugada, que por muchos era considerada la muerte de la noche.

Guardaba silencio, esperando, como le habían instruido, planeando pacientemente colarse en la fila cuando llegaran.

Su desconocido enemigo se dio cuenta también de lo que estaba ocurriendo y espetó:

—¡Sé que estás aquí! Dame eso. No lo necesitas. Con gusto te pagaré lo que me pidas.

El monje rio silenciosamente para sus adentros. *¿Qué necesidad tengo yo de dinero?* Pensó, recordando su voto de pobreza.

Y entonces el ladrón estaba allí, enfrente del monje, tan cerca que podía sentir la fetidez de su aliento, el hedor de su cuerpo. Sus manos estaban sobre su cuello y respiraba con dificultad. Los dedos del hombre se hundían en su piel, desgarrando, insistiendo.

—O me lo das, o mueres.

Pero en ese momento, el hombre cayó al suelo. El monje tragó aire y miró hacia arriba para ver qué lo había salvado. En la oscuridad, el cuerpo de su atacante era levantado por unos hombros fuertes y llevado fuera. Escuchó la puerta.

Supo lo que había sucedido.

El Guardián había estado allí todo el tiempo, protegiéndolo a él y al libro.

El monje sonrió, aunque su corazón aún latía a toda prisa, sabiendo que el libro estaba a salvo.

Se preguntó cuánto tiempo seguiría siendo un secreto. *¿Cuándo estará listo el mundo entero para conocer esta sabiduría? ¿Llegará el día en que las fuerzas del mal estén tan disminuidas que pueda estar disponible para todos?*

En ese momento, sus hermanos llegaron. Asintió con la cabeza al Prior y tomó su lugar en la fila.

La última noche quemó el manuscrito original, tal como se le había instruido. El lenguaje antiguo ya había sido olvidado

y sólo unos cuantos tenían la capacidad de traducirlo adecuadamente. No obstante, él siguió las instrucciones al pie de la letra.

Finalmente podía relajarse. El libro estaba a salvo fuera del monasterio. Sus secretos estaban protegidos por otra generación.

DAVID

EN LA ACTUALIDAD

La alarma sonó a las 5:30 de la mañana. Era jueves. El fin de semana estaba a la vuelta de la esquina, pero las responsabilidades de la semana aún se sentían resueltas a medias. Los pendientes de trabajo apuñalaban la mente de David, despertándolo inevitablemente a pesar de que él trataba de alejarlos de su pensamiento.

Dándose vuelta en la cama, David alcanzó el despertador, presionó el botón de posponer y trató de disfrutar de otros diez minutos de sueño. Cuando el molesto sonido inundó la recámara de su departamento de nuevo, a regañadientes se levantó de la cama y se arrastró hasta el baño. Se miró en el espejo y reaccionó.

Su cabello se había despeinado más allá del típico almohadazo de forma tan dramática que lo hizo sonreír. Aunque claramente ya no era un adolescente, vio destellos de su juventud. Sus ojos cafés conservaban esa mezcla de asombro y diversión. La mayoría lo describía como guapo, aunque sabía que no terminaría como estrella de cine.

Abriendo la regadera en lo más caliente, mentalmente persuadió al agua de calentarse, aunque sabía que era improbable

en el viejo edificio donde vivía. Unos quince minutos más tarde, estaba en la cocina preparando café y revisando su correo electrónico.

La ansiedad le estaba afectando más temprano que de costumbre. ¿Cuándo había comenzado? David recordó cómo se sentía libre de preocupaciones cuando se graduó de la universidad y tomó su actual trabajo, hacía casi dos años. Mudarse a su propio departamento resultó casi anticlimático. Nada especial, nada grandioso. Simplemente se sentía bien. Al principio se habría descrito a sí mismo como alguien excesivamente seguro, nada nervioso, listo para lo que pudiera venir.

Pero, en algún punto durante el año anterior, las cosas cambiaron, y no precisamente para bien. Sus cheques de pago no llegaban lo suficientemente rápido. Las cuentas por pagar se comenzaron a apilar sobre la mesa. Esas dos tarjetas de crédito, originalmente destinadas para su comodidad, ahora iban incrementando el saldo. Es curioso, pensó, cuando tomó el trabajo y firmó el contrato, imaginó que todo sería exageradamente fácil. No había dedicado mucho tiempo a elaborar un presupuesto personal. La verdad sea dicha, no había dedicado nada de tiempo para elaborar ningún tipo de presupuesto. Ni siquiera había pensado en los servicios, y definitivamente había calculado mal la retención de impuestos de su sueldo.

Y luego estaba su trabajo. Había comenzado bien. Le gustaba su jefe, quien lo arropó bajo su ala y actuaba más como un hermano mayor o mentor que como un superior. Eso lo envolvió en un falso sentido de seguridad. Tres meses más tarde su jefe se fue para unirse a una empresa de reciente creación, dejando a David bajo el mando de alguien nuevo que no estaba involucrado con él, ni se reía de sus chistes.

Eso estuvo bien hasta que lo arruinó. No había sido gran cosa, al menos no para él. Pero su nuevo jefe actuó como si fuera una mancha en su expediente que no pudiera ser jamás borrada. No podía creer que fuera tan importante. Después de todo, sólo

había olvidado llamar a un cliente. La compañía no estaba en peligro.

Hacía dos semanas, finalmente se enteró de lo que sucedía. Nunca pensó que una oficina pequeña pudiera ser tan política, ni que alguien pudiera ser tan turbio. Alguien claramente le había puesto una trampa. No era realmente la llamada al cliente. Había más. Lo culparon de una serie de cosas que él no hizo, la mayoría de ellas venían de rumores, que al parecer provenían de su propio jefe.

Nada de eso debía haber sido así. Pensó en uno de sus amigos que se había graduado sólo unos cuantos años antes que él. Ascensos rápidos. Mucho dinero. Su nombre aparecía en las noticias. Primero, David estaba genuinamente contento por él. Pero mientras él se esforzaba en lo que parecía ser un trabajo insignificante y luchaba contra sus deudas, le resultaba difícil digerir el éxito de su amigo. Y se odiaba a sí mismo por pensar de ese modo.

Revisando su correo electrónico, vio un inesperado mensaje de su jefe. Lo leyó una y otra vez tratando de interpretar el significado detrás de las palabras:

Necesito verte en mi oficina a las 11:00

Eso era todo. Sin ninguna explicación.

Sintió que el pulso se le aceleraba. Sus ojos involuntariamente se cerraron y se masajeó las sienes, deseando que todo desapareciera.

De vuelta en sus mensajes, vio otro. Este era una animosa nota de su mamá. Dejó el teléfono y bebió un sorbo de café.

Sus padres no tenían idea de cómo era todo. Estaban orgullosos de su graduado que había conseguido trabajo en una buena empresa. Habían presumido sus logros, avergonzándolo un poquito, entre su círculo de amigos. Él no les había contado que su primer jefe se había marchado ni cómo su nuevo jefe

lo tenía injustamente bajo el microscopio, ni tampoco lo que enfrentaba. No les compartió que sentía que su trabajo no tenía sentido, ni que la repetición diaria lo aburría hasta las lágrimas, mientras recorría un correo electrónico tras otro. Responder estos correos lo agotaba, aunque tenía que contestarlos dentro de un día como máximo. A menudo se encontraba a sí mismo imaginando una vida diferente, donde no estaba encarcelado en un aburrido cubículo gris.

No había compartido con nadie el estrés, las cuentas por pagar, ni tampoco la ansiedad. ¿Para qué agregarlas a sus propias preocupaciones? Papá ya estaba suficientemente estresado porque la caída del mercado de valores se estaba comiendo su retiro. Y ante los retos de salud que enfrentaba mamá, compartir noticias preocupantes era imprudente o al menos poco sensible. La única cosa que ellos querían oír era si ya había encontrado a «la indicada» y que la boda y los niños eran inevitables. Evitaba también esa cuestión, siendo más bien vago al hablar de sus citas para no alimentar las esperanzas de su mamá respecto a su inminente adiós a la soltería.

—¿Me van a despedir? ¿Por cosas con las que yo no tuve nada que ver? —se preguntó en voz alta, cortando el relativo silencio de la mañana. La única respuesta vino del sistema de calefacción, que arrancó en ese momento con un rugido.

Tal vez la reunión no era sobre su trabajo. Tal vez era un nuevo encargo o algo completamente distinto. Tal vez su jefe se iba a disculpar por haberlo culpado injustamente.

Decidió revisar las noticias locales para llevar su mente a otro lado. Uno de los líderes de negocios más prominentes de la ciudad estaba en los titulares por haber realizado alguna obra de caridad, una entrañable historia de retribución a la comunidad. Leyó sobre una nueva obra de teatro que se estrenaba en la ciudad y se enteró de la venta del jugador estrella del equipo de hockey local. El entrenador fue entrevistado sobre los prospectos para la nueva temporada.

Las noticias no lo tranquilizaron mucho. David exhaló deseando silenciosamente que su estrés se disolviera en su respiración. Puso la taza en el fregadero, tomó su mochila para la computadora y salió caminando hacia el trabajo. Se preguntó cómo rayos su vida se había vuelto tan compleja en tan poco tiempo. La tensión era demasiada.

Era un día de otoño inusualmente frío, con vientos que arrancaban las hojas de los árboles, formando un espectáculo colorido de giros antes de soltarlas en caída libre y desperdigarlas en el césped. Al pasar la iglesia de la esquina, la que tiene vitrales de colores y una pesada puerta de madera, se percató de un hombre desplomado contra la pared opuesta. Un letrero de cartón contaba la historia de su vida en unas cuantas frases. David se imaginó por un instante que él mismo podía volverse un vagabundo. Era como si su mente recorriera las más negativas posibilidades de ser despedido y después desalojado. Negó con la cabeza con determinación como si pudiera sacudirse así el pensamiento. No estaba ni remotamente cercano a esa situación, y siempre podría volver a casa. El estrés lo estaba abrumando.

Al mismo tiempo, los pensamientos optimistas del adolescente que fue alguna vez lo animaron: subir por la escalera corporativa, hacer buen dinero, organizar fiestas, disfrutar de su esposa e hijos. ¡Todo tenía que salir bien! Aunque luego, esos pensamientos brillantes parecían desaparecer.

¿Cuándo habían sido reemplazados esos pensamientos por otros de supervivencia? ¿De ser despedido? ¿O el pensamiento, totalmente irracional, de terminar siendo un vagabundo?

Levantó la vista, mirando la concurrida calle y decidió tomar un atajo por el parque. Era un hombre de hábitos y generalmente iba distraído. No se dio cuenta de las personas que lo rodeaban. No se percató de mucho, en realidad. En lugar de ello, aceleró el paso para llegar a tiempo a su trabajo y comenzar otro día enfrentando problemas, en el engorroso mundo del papeleo y atendiendo un sinnúmero de correos.

Perdido en sus pensamientos, David casi tropieza con una joven mujer que desesperadamente recogía un montón de papeles amarillos que el viento había arrancado de sus manos. A pesar de que no estaba ganando la guerra contra el viento, reía y obviamente se estaba divirtiendo, como si hubiera planeado ese pequeño juego. David rápidamente comenzó a atrapar las hojas en el viento con tal velocidad y facilidad que ella se detuvo para admirar su destreza.

—Gracias. Yo no habría sido capaz de hacer eso.

David asintió haciendo una leve reverencia y dijo:

—Para servirle —dijo, entregándole las páginas. Sonrió educadamente y continuó su camino.

Minutos más tarde, estaba delante del edificio de su oficina. Echó una mirada a su reloj y se dio cuenta de que era temprano. Extremadamente temprano. Decidió perder un poco de tiempo, así que pasó delante del edificio y entró en la cafetería de la esquina. Como ya había tomado su dosis de café, comenzó a revisar la larga lista de té que el lugar ofrecía. Finalmente, se decidió por un robusto té negro mezclado con sabor frutal y se acomodó en una mesa alejada, donde decidió calmar sus pensamientos y serenarse antes del trabajo.

Mientras los sonidos de los hambrientos viajeros de la mañana lo rodeaban, se preparó para el día que tenía por delante. Al salir de la cafetería, se acercó a la puerta giratoria de su edificio. Conforme la empujaba para entrar al vestíbulo, sintió que la transformación comenzaba. Dentro de la oficina se sentía diferente, como si estuviera cubierto por un disfraz, uno de personaje secundario. Hizo un gesto con la cabeza a varios colegas mientras se dirigía a su escritorio.

Unas horas más tarde, era el momento de su reunión con el jefe. David caminó lentamente por el pasillo, las manos sudando, el rostro enrojecido. Tratando de verse seguro, esbozó una débil sonrisa ante la puerta abierta de la oficina.

La reunión terminó en dos minutos.

No había sido despedido, pero le hizo una advertencia verbal. Había poco margen de error.

David sorprendió a su jefe, pues no quiso discutir sobre el asunto. Incluso se sorprendió a sí mismo cuando escuchó su propia voz prometiendo componer las cosas. Tras salir de la oficina, se dirigió al baño y se salpicó el rostro con agua para tranquilizarse. Se preguntaba si se había oído tan patético como se sentía. No podía perder este trabajo, no ahora, no sin ahorros. Su familia, sus amigos, todo mundo pensaba que él estaba dando un partidazo.

Si era despedido, sería un *shock* para ellos. En casa, él siempre había sido una persona segura, en la preparatoria se había inscrito en dos deportes, había jugado en la universidad, sus calificaciones habían sido excepcionales y las dos pasantías, brillantes. Caía bien siempre y todos imaginaban que ascendía a gran velocidad en una exitosa carrera.

No podía fallar. No debía fallar.

David supo que algo había cambiado, pero no sabía por dónde comenzar.

Esa tarde, cuando se dirigió de nuevo hacia el parque, escuchó un crujido. Al buscar con la vista, vio un pedazo de papel que se había alojado debajo de una piedra. Su color era del mismo amarillo desteñido que recordaba de la mañana. Se acercó y lo recogió antes de mirar alrededor como si la mujer todavía estuviera cerca. Metiendo el papel en el bolsillo de su chamarra, continuó caminando, pensando que tal vez podría encontrar a la joven a la mañana siguiente. Sonrió al recordar su breve encuentro, su risa contagiosa, sus ojos brillantes.

En casa, colgó la chamarra y metió la mano en el bolsillo. En el papel doblado había una nota:

Café Del Norte, 10:00 a.m., Viernes, 14 de septiembre.

Pasando el dobléz, leyó:

Tu éxito sólo es posible si evitas los nueve errores.

La mayoría de las personas se dan cuenta de esto cuando ya es demasiado tarde. No permitas que te suceda. Encuéntrame en el último gabinete junto a las ventanas. Sabrán que vienes.

Estaba firmado con el nombre del hombre que había visto en los titulares de las noticias de la mañana sobre la obra de caridad.

Esto debe ser de ella, pensó David, evocando la imagen del atractivo rostro y el sonido de su risa contagiosa. Me pregunto si podré ir. Tal vez pueda ir y decir que encontré el papel y ver qué sucede. ¡Justo esto es lo que necesito!

Sus pensamientos se desviaron hacia lo que había escuchado del hombre que fue un benefactor para muchos: sus éxitos, su trabajo en la ciudad y sus relaciones. *Él podría ser una salida para mí, pensó David. Tal vez podría trabajar para él o conseguir una nueva posición. Definitivamente voy a ir a esa reunión.*

Esa noche, mirando el techo desde su cama y, escuchando los sonidos del tráfico, reflexionó acerca de los eventos del día una y otra vez. Repasó la conversación con su jefe. Pensando en ella, recordó que sonaba más seguro. Se preguntó si su mente había cambiado sutilmente el tono real de la reunión para ayudarlo a sentirse mejor.

Musitó una oración, más una súplica o un deseo, de que todo eso cambiara. No sólo quería que las cosas volvieran a ponerse en orden en el trabajo y pagar sus deudas. Quería su confianza de vuelta. ¡Quería sus sueños de vuelta!

—Desearía poder sentir cuándo estoy a punto de equivocarme y de cometer grandes errores. O borrarlos por completo.

Para dar efecto a sus palabras, lanzó un puñetazo al aire.

Sonrió y finalmente cayó en un sueño profundo, el mejor que había tenido en mucho tiempo.